

El libro de la semana. Un transportista barcelonés deja distribuidos por Europa cuatro hijos: Christof, Christophe, Christopher y Cristòbal. Viven en Fráncfort, París, Londres y Barcelona y solo se encuen-

tran tras la desaparición del padre. Es el punto de partida del muy esperado debut novelístico de Jordi Puntí, que mañana llega a las librerías simultáneamente en catalán y en la traducción al castellano.

La mejor prosa del momento

Jordi Puntí llena de escenas memorables las aventuras familiares de 'Maletes perdudes'

VICENÇ
Pagès Jordà



Jordi Puntí (Manlleu, 1967) es autor de las recopilaciones *Pell d'armadillo* (1998) y *Animals tristos* (2002), formadas por cuentos minuciosos que se leen sin dificultades y que han recibido críticas elogiosas, han sido traducidos y llevados a la gran pantalla. Hacía años, pues, que se esperaba el paso de este autor a la novela, sobre todo porque había trascendido que estaba escribiendo una obra ambiciosa, que finalmente ha visto la luz. La espera ha merecido la pena porque *Maletes perdudes* es una combinación armoniosa de imaginación, estructura y lengua. La historia del camionero que tiene cuatro hijos repartidos por Europa incluye aspectos rocambolescos y una intervención del azar que solo un arquitecto atento a los menores detalles, y armado con un lenguaje lleno de naturalidad, podía hacer convincentes.



► La Estació del Nord, en uno de los barrios donde se desarrolla la novela, en sus últimos días.

LOS ESCENARIOS // Del Mayo del 68 al Londres del aborto, del Boccaccio al aeropuerto de El Prat, de la Casa de Caritat al paseo de la Bonanova, el lector se deja llevar en un viaje a través del tiempo y del espacio como en las mejores novelas clásicas—solo que esta es a la vez familiar, introspectiva y de aventuras—.

Con un control férreo del engranaje narrativo, Puntí cambia de narrador, avanza y retrocede en el tiempo, anticipa u oculta datos, organiza secuencias, disemina pistas falsas y planifica elipsis para mayor goce de un lector que se deja llevar por el juego dilatorio, ya que enseguida acepta que si el camino es lo bastante atractivo, no hay prisa para llegar

al final. Y Puntí ha preparado un camino lleno de cajas de sorpresas, de amistades y de familias que se abren como un acordeón. Con un juego de espejos estilo *Ciudadano Kane*, revivimos la biografía del protagonista, una mezcla entre *Bartleby* y *Wakefield*, seductor pasivo, padre involuntario y solitario de vocación.

El único defecto que he encontrado en *Maletes perdudes* es el mismo que le encuentro a la narrativa de Pere Calders: un exceso de bondad indolente. A excepción de algunos personajes unidimensionalmente malvados, el resto son tan tiernos, comunicativos y bien intencionados que la trama tiene que avanzar a copia de accidentes (de tráfico, de

aviación). En una época en que ficción y perversión tienden a confundirse, en que las novelas están pobladas por todo tipo de crímenes abominables, Jordi Puntí apuesta por una línea clara personalísima, sin problemas laborales, ni conviveniales, ni sexuales, ni mentales. Incluso la prostitución, el suicidio, el robo o los embarazos no deseados revelan facetas simpáticas. Es su opción y, lejana o próxima, logra que sea verosímil.

«Estas páginas no albergarán gestas ni epopeyas grandilocuentes», leemos en el quinto capítulo. En compensación, nos dejan una serie de escenas memorables: la descripción detallada de una casa de hués-

pedes barcelonesa de los 50, la imagen congelada de un niño que sale a la calle y chuta una bola del mundo con furia simbólica, el momento en que una señora sale reculando del armario del vecino. Entre el movimiento perpetuo de los transportes de mudanzas, y el gesto petrificado de los animales disecados que presiden la casa donde viven los transportistas, Jordi Puntí nos ha regalado unos centenares de páginas con la mejor prosa del momento. ≡

► MALETES PERDUDES MALETAS PERDIDAS

Jordi Puntí. Trad: Rita de Costa.
Empúries / Salamandra.
450 / 444 páginas. 17,95 / 17,50 €

Nuevas artes de navegar

La espléndida 'Bilbao-New York-Bilbao', de Kirmen Uribe, premio Nacional de Narrativa, es a la vez tradicional e infinitamente moderna

■ NOVELA

RICARD RUIZ GARZÓN

He aquí una novela que empieza comparando con exquisita sensibilidad árboles y peces y acaba consignando con frialdad notarial el listado de los barcos de altura del puerto de Ondarroa en 1982. Una novela que transcurre en el aire, durante un vuelo entre el aeropuerto de Ljubiun y el JFK, y que habla sobre todo del mar y los terruños. Una novela que arranca como una investigación sobre el abuelo del autor y acaba con un poema dedicado a su hi-

jastro, nacido con 13 años mientras él cenaba pizza.

Una espléndida y libérrima novela, en fin, tradicional aunque infinitamente moderna, en la que caben pájaros, ballenas y corderos junto a Picasso, el Facebook y Tom Waits, y la isla de Rockall junto a las bombas de ETA, y la amistad entre Indalecio Prieto y Aurelio Arteta—cuyo *Errormerian I* abre la obra— junto a la historia de tres generaciones de los Uribe, incluyendo al autor en un ejercicio de azar y autoficción que evoca por igual a Velázquez y a Enrique Vila-Matas. Y una novela, ante todo, que atrapa en sus redes, con los sober-

bios aparejos del estilo, decenas de historias íntimas, universales, repletas de emoción, inolvidables.

Luego, además, resulta que esta novela tan llena de poesía y tan bien narrada, que aúna la oralidad del *berstolari* con los tiempos de la Wikipedia, que reflexiona sobre su propia creación y desarrollo, que homenajea formas de vida desaparecidas al tiempo que celebra la aceleración tecnológica, fue escrita en euskera y ha supuesto una renovación para la literatura vasca que algunos comparan con la de Bernardo Atxaga tras *Obabakoak*. Y resulta que la novela, como sucediera con Atxaga en 1989,

y con Unai Elorriaga en 2002, acaba de obtener el Premio Nacional de Narrativa, además del de la Crítica y el de los Libreros de Euskadi. Resulta, en definitiva, que de esta novela se dirán muchas cosas, y la mayoría serán verdad, o no, como ocurre con su contenido. Pero no es eso lo que importa en *Bilbao-New York-Bilbao*. Lo que importa, lo que animará a leerla a miles de lectores cultos o no, *no-cilleros* o decimonónicos, *bestsellers* o exquisitos, es que esta novela contiene en 200 páginas todos los viajes a los que puede aspirar el ser humano. Todos, incluidos los temporales. Y que Kirmen Uribe los recorre con arte y sin pagar peaje. Por eso vuela, aunque tenga sus raíces junto al mar. Por eso llega. ≡

► BILBAO-NEW YORK-BILBAO

Kirmen Uribe. Trad: Ana Arregi / Pau Joan Hernández.
Seix Barral / Edicions 62.
208 / 192 páginas. 19 €

e emergentes

El escritor que pasea perros



Sergio Galarza

A este peruano, nacido en Lima en 1976, trabajar como paseador de perros en Madrid le ha inspirado su primera novela y le ha valido la distinción Joven Talento Fnac.

ELENA HEVIA
BARCELONA

Sergio Galarza lleva camisas de leñador, es hincha del Atleti por culpa de Futre, fan declarado de los Stones (suya es la crónica *Los Rolling Stones en Perú*, la respuesta latina al libro de Robert Greenfield) y promete regalarle a todo el que se lo pida la banda sonora de *Paseador de perros* (Candaya), su primera novela. A saber: los Stones, por supuesto —«una coherencia impecable en cuanto a su filosofía de destrucción»—, pero también, entre otros, Micah P. Hinson, Baxter Dury, Fleetwood Mac y el Ian Drury de Joy Division. Todo bastante clásico. «La música llena mi vida, pero también es la responsable de mis agobios», dice al tiempo que asegura que solo se pone a escribir cuando tiene clara las canciones que desea escuchar y que le inspirarán.

A Sergio, gafas de pasta y tendencia a utilizarse a sí mismo como personaje, le gustan las novelas con sentencias que como los estribillos de las canciones «te hacen pensar». En *Paseador de perros* se repite: «Los escritores deberían pasear perros para conocer la vida más allá de la biblioteca».

No hace falta decir que en su currículo está también el haber sido remunerado por acompañar chuchos con dueños atareados, una tarea reservada en Madrid a los emigrantes. «Pasearlos me sirvió para sobrevivir y para desarrollarme como escritor. Es un buen sistema para entender la ciudad de a pie, entrar en las casas de la gente y escuchar sus historias».

Hace unos cuatro años, Galarza abandonó Lima con un aldabonazo final. Le propinó un directo a un crítico con el que mantenía una airada división de opiniones. «Era un tiempo en el que los blogs andaban radicales y faltones y se me fue la olla, pero [sonríe] esa descarga de adrenalina no me la quita nadie». ≡